

Cuentos de barro de Salarrué en la antropología y literatura latinoamericanas¹

José Antonio Aparicio Q.
CESMECA/UNICACH²

Resumen

Entre la antropología y la literatura latinoamericanas ha existido una relación muy estrecha. Relación que pervive, no obstante los cambios operados en la sociedad, las corrientes antropológicas y las tendencias literarias. Esta relación literario-antropológica no es nueva. Tampoco es nueva como tema de estudio. Si algo ha variado, seguramente, son las maneras de enfocar el asunto. Así se ha hablado de una literatura indianista, de una literatura indigenista, según los enfoques y tesis sustentados por los estudiosos interesados en el problema.

Se trata ahora de examinar esta relación desde el punto de vista de la etnología y de la antropología social. En aquellos casos en que ciertos trabajos antropológicos, además de su naturaleza, manifiestan tal calidad en su exposición, que se consideran verdaderas obras literarias. Y cómo ciertas obras de la narrativa latinoamericana reúnen en sus páginas, categorías importantes de la teoría antropológica. Este trabajo

¹ Ponencia pronunciada en el II Congreso Centroamericano de Antropología, celebrado en la Ciudad de Guatemala, del 6 al 10 de Octubre de 1997.

² Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica/Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas.

se ha limitado a examinar en forma somera la obra *Cuentos de barro*, del escritor salvadoreño Salarrué.

En la edición del sábado 27 de febrero de 1932 de *Repertorio Americano*, Semanario de Cultura Hispánica, que fundó y dirigía en San José, Costa Rica, Joaquín García Monge³, dio a conocer el escritor salvadoreño Salvador Salazar Arrué, Salarrué, (1889-1975) su polémica carta "Mi respuesta a los patriotas". En el Salvador se vivía una situación económica, social y política convulsiva en extremo. Producto de las contradicciones propias del capitalismo, en el caso concreto del país, -cuya estructura económica y social descansaba en el monocultivo- se agudizaban más por su profunda subordinación al sistema capitalista. La crisis capitalista de los años 1929 y 1930, fue el marco temporal y factor detonante del infortunado alzamiento campesino de 1932. Aunque el documento apareció en el citado semanario costarricense 37 días después, Salarrué lo escribió con fecha 21 de enero de 1932. Es decir, veinticuatro horas antes del levantamiento agrario. Salarrué inicia así su carta:

"Mis amigos me han dicho: 'Tú que eres sereno, tú que ves las cosas con los ojos adormilados, tú que estás siempre en la tierra del ensueño, en ese mundo irreal a donde los golpes de la marea aquí abajo no llegan, por lo mismo, por eso, tú debes dar tu opinión en esos momentos en que la patria se encuentra en la indecisión. Apunta tu microscopio y dínos qué ves y cómo lo ves, de algo ha de servirnos, hazlo por patriotismo, dignate a pisar con tus plantas la tierra firme, siquiera una vez...'. Y se han echado a reír. Conozco en su manera, que lo han dicho en parte como burla amistosa, con el cariño que infunden los locos pacíficos, en parte en serio y es por ello que yo me he quedado perplejo y me he sentido luego como incomprendido, tenido como un ser vago e inútil, de un mundo problemático. Y me he indignado en mi dignidad de hombre y he alzado mi grito de protesta como voz en el desierto escribiendo esta respuesta a los patriotas sin nombre...

³ *Repertorio Americano*, Semanario de Cultura Hispánica, No. 575, Sábado 27 de febrero de 1932. La cita ha sido tomada de "Salarrué Mi respuesta a los patriotas", Suplemento Cultural 3000, de *CoLatino*, No. 328, San Salvador, El Salvador, C. A., sábado 30 de noviembre de 1996.

Yo no tengo patria. Yo no sé qué es patria. ¿A qué llamáis patria vosotros los hombres entendidos por prácticos? Sé que entendéis por patria un conjunto de leyes, una maquinaria de administración, un parche en un mapa de colores chillones. Vosotros los prácticos llamáis a eso patria. Yo el iluso no tengo patria, no tengo patria pero tengo terruño (de tierra, cosa palpable). No tengo El Salvador (catorce secciones en un trozo de papel satinado); tengo Cuscatlán, una región del mundo y no una nación (cosa vaga). Yo amo a Cuscatlán. Mientras vosotros habláis de la Constitución, yo canto a la tierra y a la raza: La tierra que se esponja y fructifica, la raza de soñadores creadores que sin discutir labran el suelo, modelan la tinaja, tejen el perraje y abren el camino. Raza de artistas como yo, artista quiere decir hacedor, creador, modelador de formas (cosa práctica) y también comprendedor”.

La carta, aunque enmarcada dentro de la utopía, que en ciertos momentos, podría decirse, roza las fronteras de la tradición apologética de Fray Bartolomé de Las Casas; idealiza al campesino. Sobre todo al indio. “El indio del arado y la cuma que hace el paisaje agrario bajo el sol crudo, está satisfecho de hacer vivir con sus manos toscas y renegridas, manos de Dios, a un pueblo entero que se entrega a una locura llamada política, que no sólo es infructuosa sino dañina. Este indio vive la tierra, es la tierra y no habla nunca de patriotismo. Ni teme al extranjero, que nada puede quitarle de lo de él, a menos de quitarle la existencia”.

Disciplinas tales como la sociología y la antropología social, se han ocupado, como parte de sus campos de estudio, de manifestaciones ideológicas que surgen y alcanzan niveles importantes en las situaciones de crisis agudas de la sociedad. Este fenómeno, que se manifestó en varios países europeos durante la segunda guerra mundial, alcanzó mayor notoriedad en Francia y Alemania durante esos años de crisis profunda. Ha sido abordado especialmente por la sociología francesa⁴ al estudiar el alto índice de población que buscaba refugio en publicaciones de contenido mágico-religioso; en pseudo-ciencias —como las llamó alguna vez Carl Sagan— al referirse a la astrología; sin faltar los recursos ligados a doctrinas orientales, con todo y sus rituales.

⁴ Véase, entre otros, los trabajos de Edgar Morin, especialmente *El retorno de los astrólogos*.

La crisis de la década de 1930 y especialmente la incertidumbre provocada por la misma, ligada a la creciente inestabilidad económica, social y política; a la represión, desempleo y la corrupción, estimuló en determinadas capas de la población —como una década más tarde en Europa— buscar también refugio en ciertas ideologías míticas y religiosas orientales. Salarrué, junto con otros intelectuales salvadoreños, no sólo aceptó y trató de encontrar en tales ideologías, explicación al fenómeno sociopolítico que se vivía en ese momento; sino que dejó constancia de las mismas en un conjunto de narraciones publicadas en forma de libro con el título de *O'Yarkandal*, en 1929.

Es importante detenerse en los planteamientos de Salarrué ante la profunda crisis que se vivía en El Salvador, externados en “Mi respuesta a los patriotas”. Toda vez que no se trata de una actitud contemplativa, sino de la expresión apasionada de una posición muy singular —discutible seguramente— producto de su particular toma de conciencia. No de una neutralidad política, ya que ésta no existe. Más bien de una postura que, siendo a ratos utópica y a ratos radical a ultranza, lo acompañará por el resto de su existencia fundamentalmente creadora.

Aunque escrita alrededor de 1930, la primera edición de *Cuentos de barro*⁵, data de 1933. El haber aparecido un año después del alzamiento campesino, que sacudió los cimientos de la sociedad salvadoreña del occidente y parte del centro del país, no ha dejado de dar pie para que cierta crítica quiera encontrar alguna relación entre la publicación de la obra y la rebelión. Verdadero o no, mera coincidencia, los treinta y tres cuentos reunidos en el volumen *Cuentos de barro*, han despertado sumo interés, no sólo por su indudable valor literario, sino por su claro significado antropológico, entre otras reveladoras facetas.

Se trata no sólo de la más importante obra de Salarrué, juicio en el que coinciden críticos respetables o simples comentaristas; también es la que mejor revela el ser del sector demográfico mayoritario, humillado y ofendido de El Salvador: el campesino, indígena o no. Tampoco se trata de una colección de relatos que cómodamente se les podría etiquetar como literatura indigenista. Es simplemente la expresión descarada de la realidad del hombre salvadoreño. Del campesino salvadoreño de los primeros años de la década de 1930. Año en que el espoleante subdesarrollo marcó todavía más a los países latinoamericanos con hie-

⁵ La edición que estamos utilizando es: Salarrué. *Cuentos de barro*. San Salvador, El Salvador, C. A. Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, Colección Gavidia, Vol. 6, Onceava edición. 1994.

rro candente. Es interesante confirmar, que ese citado año de 1930 en El Salvador, es el último en el cual el Censo General de Población⁶ menciona la existencia del indígena como componente demográfico. De una población global de 1 459 578 habitantes, el 25.0% era indígena. Aún como simple cifra estadística notoriamente disminuida⁷, el indígena no volverá a aparecer jamás en los siguientes censos generales de población, hasta la fecha. No obstante que el indio —ese incansable sobreviviente de más de mil batallas— sigue estando allí. Continúa presente en El Salvador⁸.

Aparte de la importancia que *Cuentos de barro* tiene para la lingüística, como inapreciable material para el estudio de las llamadas “deformaciones” idiomáticas tenidas como características del habla popular salvadoreña, especialmente entre los campesinos⁹, en cada uno de los cuentos también encontrará el etnólogo, diferentes categorías comunes a la teoría antropológica.

Seguramente sin proponérselo, y más bien guiado por su sensibilidad creadora, Salarrué hace de *Cuentos de barro*, un muestrario de la cultura salvadoreña. Interpretado de otra manera, podría considerarse

⁶ Dirección General de Estadística. *Anuario estadística de 1930*. San Salvador, Imprenta Nacional, 1931.

⁷ La crisis económica, social y política de los años treinta en El Salvador, culminó con el genocidio cometido entre la población mayoritariamente campesina. Se ha calculado —a falta de cifras exactas— en treinta mil, aproximadamente, el número de muertos. Muertes ocurridas, más que en el alzamiento, por la brutal represión posterior. Entre las que figuran, además de los miles de campesinos indígenas y mestizos, obreros, intelectuales y estudiantes.

⁸ Véase, entre otros, Alejandro Dagoberto Marroquín, *Panchimalco: Investigación sociológica*, San Salvador, Ministerio de Educación, 1959; *San Pedro Nonualco: investigación sociológica*, San Salvador, Editorial Universitaria, 1964; “El problema indígena en El Salvador”, en *América Indígena*, XXX(4): 747-771, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1975. Concepción Clará de Guevara, *Exploración etnográfica: departamento de Sonsonate*. San Salvador, Ministerio de Educación, 1975. José Antonio Aparicio Q. “La herencia cultural de El Salvador”, en *Revista Estudios Centroamericanos (ECA)*, San Salvador, El Salvador, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, XXVIII (291-292), 1973; “Identidad étnica: su transformación y algunas notas sobre relaciones interétnicas”, en *Iztapalapa*, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 6 (12-13), 1985; “El hombre, la tierra y la lucha de clases agrarias en El Salvador”, en *Iztapalapa*, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, México, UAM-I, 13(30), 1993. Mac Chapin, “La población indígena de El Salvador”, en Andrés Medina, (Coor.), *La etnografía de Mesoamérica Meridional y el Area Circuncaribe. II Coloquio Paul Kirchhoff*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1996.

⁹ “La manida técnica de hacer hablar a los indígenas mediante un castellano desfigurado, que representa lo que algún autor se imagina dialecto regional, no se encuentra

—sin caer en reduccionismos simplistas o folclorismos provincianos— como una forma de rescate etnográfico. La presentación, valiéndose de un lenguaje literario o transcribiendo de acuerdo con los usos y costumbres del campesino el nombre que éste da a las cosas de su entorno, Salarrué hace a lo largo de sus textos una relación y descripción de la vivienda campesina; utensilios domésticos, vestimentas, herramientas de labranza, medios de transporte, implementos de pesca, armas, etcétera, y las formas como se emplean.

En algunos cuentos, como “La botija”, además de la motivación que provoca la fantasía de chocar la punta del arado con una olla o “huaca” llena de monedas de oro; para lo cual no importa el tiempo ni la superficie roturada, -“El no trabajaba. El buscaba las botijas llenas de bambas doradas...” -se manifiestan las ideas que el campesino tiene de las piezas arqueológicas. -“Estas cositas son obra denantes, de los agüelos de nosotros. En las aradas se incuentran catizaumbadas. También se hallan botijas llenas dioro”.

Otros cuentos pondrán de manifiesto la prepotencia del ladino violador de muchachas campesinas. La impotencia del indio ante la agresión y ofensa. Se resignará, como lo ha hecho siempre de manera secular, sumido como está, en el más bajo escalón de la estructura de clases, de una de las más tradicionales, y herméticas y a ratos repugnantes sociedades clasistas de América Latina.

Sería prolijo buscar y enumerar cada una de las piezas literarias que integran *Cuentos de barro*, y tratar de encontrar en ellas una relación con determinadas categorías antropológicas. Hay un campo todavía más amplio, complejo y fecundo donde la obra literaria y la antropología se congregan: la cultura. Pero, ¿cuál cultura? ¿La cultura plena, como inconfundible y pública expresión de un pueblo, o la omnipresente cultura del dominador? En el caso de los países centroamericanos, y en especial de El Salvador, donde, no obstante el sacrificio de más de treinta mil campesinos en 1932, y alrededor de setenta mil en la recién finalizada guerra civil, de 1980 a 1992, se modificaron un poco los

en *Los hombres verdaderos*”, sostiene el antropólogo mexicano Roberto Williams García, en el prólogo a la obra del también antropólogo y escritor salvadoreño Carlo Antonio Castro. Y añade, “En fin, como texto literario, *Los hombres verdaderos* se hallan más cerca de las traducciones del Popol Vuh que se presentan con la requerida dignidad, y de las traducciones de poemas clásicos de la lengua nahuatl, que de los cuentos y novelas indigenistas donde todo indio tiene, forzosamente, que hablar mal, por expresarse siempre en castellano. Se comprende que si un indígena habla en su lengua nativa estará haciéndolo de acuerdo a los patrones de su propia comunidad de habla: bien.”

esquemas de dominación, no cabe ninguna duda de que las reglas del juego cultural, hasta el presente, no han sufrido una substancial alteración. Sin temor a equivocación alguna, puede afirmarse que la cultura salvadoreña ha sido, y continúa siéndolo, la cultura de las clases dominantes. Es la cultura del dominador. En un agudo ensayo de hace ya casi dos décadas¹⁰, el poeta y escritor uruguayo de inconfundible sensibilidad lationamericana, Mario Benedetti, abundaba en este antiguo como vigente tema: "Es evidente que buena parte de la cultura latinoamericana está signada por el domindor. A éste no le interesa que el pueblo, como tal, tenga acceso a la cultura".

En este sentido, como alguna otra obra de Salarrué, *Cuentos de barro*, viene en cierta forma a ser un leve asomo a la memoria del subdesarrollo de El Salvador. Un leve asomo porque, sin disminuir la reconocida calidad literaria de la obra, la realidad económica, social y cultural es tan dramáticamente dolorosa en el presente, como lo era hace más de sesenta y cinco años, cuando Salarrué escribió y publicó *Cuentos de barro*. Por otro lado, el autor, con las treinta y tres piezas literarias que componen su obra, no se propuso construir un testimonio sociológico o antropológico de la realidad de su patria. Pero si algo queda por destacar aún, sería que, para Salarrué, la figura esencial es el hombre. El hombre en toda su dimensión. En toda la dimensión que dentro de la realidad salvadoreña pueda tener.

En forma por demás esclarecedora sostiene Mario Benedetti en el citado ensayo:¹¹

Es demasiado absorbente nuestra realidad como para que no influya en nuestros escritores. Antes señalé que, aun hoy, cuando en Europa ya ha aflojado la fiebre estructuralista (no por cierto el estructuralismo, disciplina tan legítima como cualquier otra), todavía existen algunos narradores lationamericanos que virtualmente no escriben para que los lea el lector común, el compatriota atento y preocupado, sino para ser "leídos" por el Crítico Estructuralista. Y ya que admiten ese objetivo, no les conviene por supuesto mencionar esta subdesarrollada y desgarrante realidad que vivimos. No hay que olvidarlo: fue el mismísimo Lévi-Strauss

¹⁰ Mario Benedetti. "El escritor y la crítica en el contexto del subdesarrollo", en *El recurso del supremo patriarca*. México, Nueva Imagen, 1979.

¹¹ Mario Benedetti, *op. cit.*

quien en un reportaje confesó que nuestra América no le interesaba después de 1492. Sin perjuicio de reconocer el derecho que Lévi-Strauss tiene a esa indiferencia militante, conviene aclarar que a nosotros, en cambio, América nos interesa aún después de esa fecha, y también nos concierne y nos importa la América del futuro.

Reconocidas voces de la literatura lationamericana se han hecho escuchar y han presentado ante sus propias sociedades y del resto del continente y del mundo, los contornos condenables de una realidad espantosamente cruel. Y la vitalidad de esta vertiente de la narrativa de nuestra América, como prefería llamarla José Martí, antes que languidecer, se fortalece con nuevas aportaciones. Aportaciones que no son únicamente las del escritor mestizo que trata de interpretar y trasladar al castellano, no sólo las vivencias y el dramático entramado cultural de otros pueblos. Si no la complejidad de las relaciones entre el indio y el mestizo; entre dominado y dominador; entre el débil —que cada vez parece serlo menos— y el poderoso; valiéndose de las herramientas de la antropología y la literatura. Sino que cada vez también son más los antropólogos y escritores indígenas quienes lo hacen en sus lenguas nativas.